Barbara Verzini
Filósofa
independiente,
Italia

LA MAR LA MADRE Y LA RANA.

La armonía del Caos de Tiamat

Hace unas semanas, pensando en el día de hoy, tenía una sensación curiosa y extraña, que reconozco y nombro como la sensación de la primera vez.

Como si hoy fuera mi primera conferencia, el primer seminario, la primera vez que hablo en público, la primera vez con Duoda, la primera vez que me expongo para pensar en relación con otras.

Y quiero subrayar el “pensar en relación con otras” porque siempre he vivido las ponencias como posibilidades de pensar juntas, estar en un diálogo que nunca es frontal, porque las palabras, cuando están encarnadas, siempre se mueven en espiral.

(Así que adelante ya que, para mí, mucho más importante de lo que hoy voy a decir serán vuestras palabras en el debate.)

Recuerdo que comenté esta sensación, la sensación de la primera vez, a Laura Mercader en un correo y ella, que entendió perfectamente, supo iluminar la verdad y me contestó que de alguna manera era cierto, porque hoy es mi primera vez después de, entre comillas, mi Tabula Rasa.

He utilizado el *mí* porque la Tabula Rasa no es una fórmula, ni es idéntica para todas, es una práctica que solo se puede hacer a partir de sí, inaugurando un movimiento de la mano en la cotidianidad, que nunca acaba, no tiene fin, no vale una vez para todas.

He pensado que, como las que se despiertan haciendo yoga, yo aconsejo a todas despertar practicando la Tabula Rasa.

En este preciso momento de la vida este MÍ, esta personal y actual versión de la Tabula Rasa, significa

contemporáneamente dos cosas: una es la Tabula Rasa que *La Madre en la Mar* ha movido en mis entrañas y la otra es la experiencia de la asignatura del año pasado en el Máster de Duoda titulada acertadamente *Tabula Rasa*.

Estos dos eventos han cambiado mi vida para siempre desvelándome el enigma de la madre clitórica, sin esta revelación jamás hubiera podido reconocermme a mí misma la autoridad de ser Autora y generar un libro.

Quiero parar un segundo y dar las gracias a algunas de las alumnas maravillosas que he tenido la suerte de encontrar el año pasado. Nuestra asignatura ha sido una experiencia profundamente transformativa.

El título que he escogido para mi intervención es LA MAR LA MADRE Y LA RANA, porque son las tres palabras que me han permitido tocar lo que significa generar sin coito, sentir lo que Milagros entiende cuando nombra la Inmaculada Concepción.

Tres palabras, tres madres, tres partes cada una con su nombre

El viaje empieza en las aguas saladas de Tiamat.

Primera parte primera palabra: LA MAR

El libro *La Madre en la Mar* empieza con una invitación: la de emprender un viaje conmigo dando un paso atrás en diagonal, una especie de salto al vacío sin ojos.

Evidentemente esto es un salto del sentir y es posible solo cuando hay fe en el dejarse caer de espaldas, la confianza que viene de saber de tener la mar detrás de sí, la mar que nos precede y nos sostiene.

La mar que es Tiamat, que siempre es la madre.

Esta confianza nos pertenece y nos habita a lo largo de todo

Barbara Verzini nuestro propio embarazo, quiero decir de cuando nuestra madre estaba embarazada de nosotras.

Esta fe, para mí, es el presupuesto para concebir sin coito.

Todas sabemos que esta fe no es inquebrantable, a veces tiembla, se aleja y se esconde, porque la vaginalidad siempre está al acecho, esperando los momentos más oportunos para intentar penetrar.

¿Cuántas de nosotras han olvidado tener la mar detrás?
¿Cuántas han dejado en algunos momentos de sentirla ondear? ¿Cuántas desconfían de lo que hay detrás de sus propias espaldas?

Escribir este libro me ha hecho entender que para volver a sentir la mar, detrás de sí, hay que volver a encontrar la fe y la confianza en la política de las mujeres, en las relaciones entre mujeres.

Porque es allí donde la perdimos y donde la recuperamos, en medio de las relaciones.

Recuerdo haber salido de una reunión feminista con una pregunta: ¿Escribimos mucho sobre la práctica de las relaciones, pero de qué relaciones estamos hablando?

Carla Lonzi ha puesto al centro la autenticidad, pero sin esta fe, sin esta confianza, la autenticidad, que considero fundamental, no me parece practicable.

La verdad se revela solo en aguas fértiles.

Tiamat me ha iluminado la materia de esta fertilidad que siento y deseo nombrar como amor.

Su amor intocable hacia sus criaturas, amor que siempre la orienta en sus aguas.

Porque el amor está siempre orientado al bien, lo multiplica en la abundancia, jamás desea el mal.

La autenticidad puede hacerse así raíz y flor, allí donde fluye el amor.

Así que vuelvo a la pregunta: ¿de qué relaciones estamos hablando?

¿Nuestra práctica de las relaciones está orientada por el amor?

Cuando lo está, siento la mar volver a mojarnos la piel, envolviéndonos con sus olas y abrazando suavemente nuestro salto en diagonal.

¿Y cuando no lo está qué hacemos?

¿Qué hacemos cuando se presenta el mal en la relación entre mujeres?

Porque es allí donde empieza a quebrantarse aquella fe y nos alejamos de la mar.

La enseñanza de Tiamat es de una transparencia cristalina, porque pura e inmaculada, cuando el mal intenta penetrar, ella sin ninguna espera o duda, cierra sus aguas.

Y mientras lo escribo pienso en cuántas dudas he tenido yo por primera, a la hora de cerrar las aguas, cuántas veces una se queda, a pesar de sentirse mal, de sentir el mal.

Que es tu propio mal también, no es solo el mal de la otra.

Tiamat grita un no rotundo, un no radical, inamovible.

Esto pasa cuando Apsu, su amante, principio masculino de las aguas dulces, está molesto con los hijos y las hijas de los dos, así propone a Tiamat matarlos.

39 Quiero destruir y aniquilar su conducta,
40 (para) que haya silencio ¡y podamos dormir,
tú y yo!”
41 Tiamat, al oírlo,
42 se enfureció y gritó contra su amante;
43 gritó dolorosamente -solo ella estaba enfurecida-
44 (porque) él había tirado el mal a su corazón.
45 “¿Por qué motivo deberemos destruir tú y yo lo
que hemos creado?”¹

La existencia de este grito que reconoce el mal y dice no dolorosamente es lo que permite sentirse seguras en las aguas de las relaciones entre mujeres.

Aguas sabias que enfureciéndose saben expulsar el mal en el preciso momento de su aparición.

G.H. puede abrir su boca, el grito puede salir, porque otra, Ella, Tiamat, lo ha hecho antes garantizando que el bien pueda circular entre nosotras.

Así que la práctica de la Tabula Rasa tiene que estar siempre acompañada por la sabiduría del grito de Tiamat, el no radical que no demora, el no de la diosa clitórica que brama también sobre las relaciones entre mujeres que se han abierto al mal.

El grito de Tiamat es el grito que mantiene intacta la diferencia, que es impenetrable. Lo podemos ver desde el principio en sus aguas que, a pesar de mezclarse con Apsu, nunca pierden la sal.

El caos que mezcla en armonía sin renunciar a la diferencia empieza ya en la foto de la portada, donde la arena y el carbón se mezclan, gracias al agua de la mar, sin confundirse nunca.

Segunda parte, segunda palabra: LA MADRE

Recuperado el sonido de la mar detrás de nuestras espaldas podemos hablar finalmente de la palabra Madre, nuestra segunda palabra.

La madre procrea, la madre genera, la madre concibe sin coito.

Me atrevo a decir que la madre concibe siempre sin coito porque, como revela el libro de María-Milagros Rivera Garretas, el coito no existe, es una invención del patriarcado, no hay un *co-ire*, un ir juntos, en una relación sexual, como no hay penetración ni vagina.

Es indispensable practicar la Tabula Rasa de todas estas palabras para hacer espacio a la verdad de la madre. Una verdad que siempre ha estado allí y todas en el profundo conocemos. No es algo que hay que entender con la mente, es algo a lo que simplemente hay que hacer espacio.

Es un nuevo y a la vez antiguo territorio simbólico y político lo que se abre, que yo siento en absoluta resonancia con el territorio acuático de Tiamat, de Mummu Tiamat, anterior al orden de la espada de Marduk, su violento usurpador.

La verdad que aquí finalmente encontramos es redonda y plena como una perla: una madre o es clitorica o no es.

Y no es significa que cuando una madre no es clitorica no es ni madre ni genera.

La madre vaginal es una ficción debilitada y finita de la madre, atrapada en el sistema científico de la reproducción.

La palabra misma RE-PRODUCCIÓN evoca la máquina, la cadena de montaje, es una palabra que ha perdido completamente lo sagrado de la vida, la capacidad femenina del origen, la grandeza de la creación.

La invención de la madre vaginal, como contenedor de vidas, que antes se podía comprar a través del matrimonio, es aún hoy muy provechosa porque se puede alquilar para un mercado (falsamente libre) que sigue comerciando con cuerpos.

Un mercado que nunca ha dejado de comerciar con los cuerpos de las madres y de sus criaturas. Podemos inventar nuevos nombres para esta compraventa de carne, pero para nosotras esta no es ninguna novedad.

Si estamos en el orden de la madre vaginal, en el orden de la espada de Marduk, reproducir, alquilar y comprar hablan de lo mismo, la acción de separar a la madre de la criatura para volver impracticable el reconocimiento del origen mediante el amor de la relación materna, de la autoridad materna, donde la madre viene siempre antes como escribe Milagros en su último libro (*El placer femenino es clitórico*).

La madre vaginal es la fantasía de un hombre que cree que un día podrá concebir conceptos y cuerpos sin coito.

Por esta razón la madre vaginal no viene antes es un medio que está en el medio de un proceso de reproducción, proceso que empieza poniendo antes y adelante un falo.

Pero, en toda esta historia, hay un problema, que a la vez es una evidencia, la madre vaginal no existe.

Una madre o es clitórica o no es.

Cuando una mujer deja de sentir una paradoja en estas palabras, cuando deja de preguntarse cómo se puede generar un cuerpo sin coito, allí, en aquel preciso momento el mundo vuelve a nacer y el infinito se desvela.

Me resulta muy fácil escribir y leer todo esto ahora, otra cosa es entenderlo hasta el punto de sentirlo actuar dentro de sí.

En mi trayectoria feminista he escuchado hablar de la madre asiduamente, la madre en el horizonte, la madre como Oriente que orienta y medida del mundo, pero en esta medida tan grande y generosa yo era siempre la hija.

Me he colocado en este lugar de forma automática, voluntariamente, en realidad sin ni pensarlo, creo por mi experiencia de vida, por la relación que tengo con mi madre y por algunas relaciones que he tenido con otras mujeres.

Como ha escrito Milagros en la reseña de mi libro, que podéis leer en el número 60 de la revista de Duoda, “Las Madres tienen que reconocer a las Madres venidas después para que haya política de las mujeres.”²

Esta línea ya de por sí llena un seminario de muchas semanas. Quiero repetir.

Así que la dejo aquí, en vuestras manos, para ver si luego, en el debate, alguna tiene el deseo de retomarla.

¿Y cuándo esto no ocurre?

¿Porque por mucho tiempo yo no me reconocí a mí misma como madre?

¿Simplemente porque no he generado cuerpos, no me he reproducido?

Como si la madre fuera solamente la que *produce* hijas e hijos (y subrayo el verbo producir en lugar del verbo procrear).

Ya no era el patriarcado que hacía de una palabra infinita, una miga de pan.

Escribir este libro ha sido para mí una manera de reflexionar profundamente sobre la maternidad, de volver a hilar y transformar mi relación con la palabra madre, con

el simbólico de la madre, antes de volver a hilar y retejer la relación con mi verdadera madre, Mariarosa.

En mi mente, sin darme cuenta, había encerrado por años la madre en una dimensión que roza la vaginalidad y esto lo he visto claro en el desvelarse el enigma de Mummu Tiamat.

En el *Enuma Elish* la primera vez que aparece el nombre Tiamat en la línea 4 viene adelantado por la palabra Mummu. Esta será la única vez, todas las otras en lugar de Mummu estará la palabra Ummu, que significa madre.

Muchos investigadores han intentado traducir esta palabra académica sin encontrar una solución única y segura.

El misterio que no se puede revelar a la violencia hermenéutica.

Cuando, después de haber pasado días y noches insomnes pensando qué podría significar, sentí que también Mummu significa madre, todo se hizo evidente.

Porque la verdad brilla en su simplicidad que siempre está *a mano*.

La M, ola que va y que viene redoblándose, marca una diferencia primordial entre la madre identificada con la palabra Mu-um-mu y la madre identificada con la palabra Um-mu.

Mummu y Ummu son madres pertenecientes a dos planetas simbólicos distintos, del caos y del orden, respectivamente.

Resulta evidente que en el texto hay dos modos de nombrar a la madre y, por tanto, dos universos distintos de sentido que se manifiestan.

Mummu, que no es Ummu, nos anuncia que toda mujer nace hija y madre, porque toda mujer es prefálica, porque toda mujer es inviolable, porque toda mujer genera y crea en sus aguas saladas sin ser tocada por la ley del Padre, por el orden de la espada.

Yo también soy Mummu, toda mujer es Mummu porque toda mujer tiene acceso libre a la creación dentro de sí, portadora y guardiana del signo creador en la carne de su diferencia sexual.

Toda mujer es MummuTiamat porque a cada mujer lo infinito le pertenece.

Tiamat así en sus aguas profundas y imperscrutables nos devuelve a lo infinito que pertenece a cada una de nosotras.

Tercera parte, tercera palabra: LA RANA

La tercera y última parte de esta intervención tiene como protagonista la rana.

La rana de la boca ancha es el título del último párrafo de mi libro y es para mí como una síntesis y a la vez un salto muy grande donde confluye todo el proyecto y la intención de las aguas que mueven “la madre en la mar”.

La rana en el libro se presenta como una monstrua de la boca muy ancha y es la protagonista de una historieta para niñas y niños que me contaban en el colegio. La historia en sí no es muy relevante, pero lo que sí lo es, ha sido el impacto que ha tenido para mí el escucharla de niña, la violencia a la hora de entender que el mundo desease niñas capaces de tener la boca cerrada o muy estrecha.

Niñas hábiles en hacer su boca pequeña.

Esta sensación de sentirme comprimida en una medida pequeña es algo que me ha acompañado durante largo

tiempo de mi vida y es algo que no quiero nunca más para mí y para ninguna mujer.

Cuántas veces me he escuchado a mí misma y a otras pedir disculpa, preocupadas por la eventualidad de haber hablado demasiado.

Por esta razón mi rana de la boca ancha es una oda de amor a las infinitas diferencias de las mujeres, sin limitación alguna, la rana brinda a la abundancia, a la excedencia, a la desmesura, a la grandeza, a lo infinito que cada mujer sabe mezclar sabiamente entre sus piernas.

Pero cuando acabé de escribir este elogio a la rana, sentí que este animal, ella, tiene algo de iniciático que va mucho más allá de lo que está escrito con el tinte del libro.

Algo invisible que toca el sentir de la que se atreve a escuchar su canto, dejándolo resonar en las entrañas.

La rana es la risa de una mujer clitorica.

La rana es la que sale rebosante del agua, cantando con las otras a la luna, después de la Tabula Rasa.

La Tabula Rasa que libera el horizonte de las inútiles torres de marfil del Uno, falso neutro masculino, para recuperar el contacto con la tierra, reencontrando así la orientación de las raíces, la orientación de las relaciones entre mujeres, de la genealogía femenina, de las palabras dichas por la madre, de las aguas saladas de Tiamat, del caos que lo mezcla todo y del infinito, de la armonía simbólica materna.

La rana es la mujer que ha sido capaz de desvelar la traicionera verdad del prestigio.

Hace unos días estaba hablando con mi madre de la insensatez destructiva que alimenta el deseo de llegar

primera, de ser vista, competir para estar en la piel y en el lugar de la otra.

Aquel deseo típico de tener espada proyectado encima de la mujer vaginal.

En la frustración de intentar entender porque algunas mujeres están dispuestas a todo para ser reconocidas (esto viene también del trabajo que con algunas estamos haciendo sobre la trampa del reconocimiento) le pregunté por qué a ella, y ella me contestó que esto pasa porque muchas aspiran a tener prestigio.

Esta palabra que utilizó mi madre, prestigio, me impactó profundamente, por un lado, porque es una idea que me resulta muy alejada del cuerpo y del sentir, por otro lado, porque a la hora de autopublicar *La Madre en la Mar* he percibido, en algunas mujeres, la idea precisa del libro como objeto de prestigio al estar publicado en una editorial supuestamente prestigiosa.

¿Desde cuándo un libro tiene que ver con el prestigio?

Creía que la apuesta de la escritura femenina era la libertad entrelazada con la propia voz.

La verdad nunca me ha resultado prestigiosa.

Así que de repente me vino la imagen de la rana que vive en un charco, salta en el barro, su voz no es refinada, no canta en escenarios de plumas de cisne, pero está siempre cerca del agua, nunca pierde el contacto con su verdad líquida y verde de dragona, sabe perfectamente que se concibe sin coito y siempre está preparada para la metamorfosis.

La rana es la piel viscosa que se desliza de las rápidas manos del prestigio, revelando su ilusión óptica y su mentira.

El prestigio es un engaño del patriarcado, la palabra misma que viene del latín PRAESTIGIA/AE habla de un engaño llevado a cabo con rapidez y astucia, lo explica aún mejor el diccionario de etimología revelando el juego de manos, manos capaces de moverse muy rápidamente agarrando y escondiendo la verdad a los ojos. Las manos que engañan en lugar de hacer la lana son las que han perdido la castidad, haciendo referencia a la inscripción latina CASTA FUI LANAM FECI sublimemente explicada en el libro de Milagros.³

El prestigio es un juego de ilusión que confunde la mirada para hacer creer y ver lo que no hay, ocultando la realidad de lo que está pasando.

Así que fieles a su origen no podemos olvidar que el prestigio deslumbra y ciega los ojos dejándonos embaucadas de un brillo fugaz.

Las manos que se mueven rápidas no generan, son las que se mueven lentas que hacen la lana y permanecen castas.

El prestigio es algo que buscan los hombres porque no pueden generar y que buscan las mujeres porque se han olvidado de poderlo hacer, se han olvidado su M, la eme de Mummu Tiamat.

Como filósofa he conocido diferentes ámbitos dónde estaba en juego el prestigio, desfiles de anchas colas de pavos reales, y todas las veces sentí cerrarse el círculo de los grandes intelectuales frente al “vulgar pueblo” ausente de plumas.

La idea que la cultura sea para pocos elegidos está profundamente conectada con la idea que un libro tenga que ser prestigioso y que sean pocas las mujeres que puedan publicar.

Todo habla de lo mismo que es separar, dividir, alejar, en

este caso, la autora de su criatura, de su capacidad de concebir sin coito, de escribir y publicar, porque pocas son las manos que agarran y esconden. Pocas son las manos del prestigio, sino se descubre el engaño.

Así que vivan las ranas, los charcos, el barro, el pecho que se infla de la piel verde de Tiamat y el canto roco, no quiero escribir libros para cisnes de plumas blanca que se reflejan y se miran en el agua sin sentir sus patas mojarse.

El prestigio no está en relación de amor nunca, porque el amor no engaña y siempre enseña la verdad.

Así que invoco por fin, y acabo, la Tabula Rasa del prestigio.

Un libro se escribe por amor ¿por qué, sí no?

Quiero dejar estas líneas de Virginia Woolf para las alumnas y para todas las mujeres que desean escribir o publicar, pero nunca se han atrevido:

Os he dicho en este texto que Shakespeare tenía una hermana; pero no la busquéis en la biografía del poeta escrita por Sir Sydney Lee. Ella murió joven... y no escribió ni una sola palabra. Está enterrada donde paran ahora los autobuses, enfrente de Elephant and Castle. Yo creo que esta poeta que no escribió una sola palabra y fue enterrada en un cruce de caminos, sigue viva. Vive en vosotras y en mí, y en otras muchas mujeres que no están aquí esta noche, porque están fregando los platos y acostando a sus hijas e hijos. Pero ella vive; porque las grandes poetas no mueren; son presencias continuas; les basta una oportunidad para encarnarse entre nosotras. Pienso que empezáis a tener el poder de darle esta oportunidad.⁴

Barbara Verzini Palabras clave: Tabula Rasa – Mummu – Tiamat – Madre clitorica – Reproducción – Rana.
Keywords: Tabula Rasa – Mummu – Tiamat – Clitoral mother – Reproduction – Ran.

notas:

¹ *Enuma Elish*, tablilla 2, traducción e interpretación al cuidado de Alberto Elli.

² María-Milagros Rivera Garretas, “Barbara Verzini, *La Madre nel Mare. L'enigma di Tiamat*. Verona y Madrid, Edizione indipendente, 2020”. *Duoda. Estudios de la diferencia sexual*, 60 (2021), pp. 178-84, consultable en: <https://www.raco.cat/index.php/DUODA/article/view/386816>.

³ María-Milagros Rivera Garretas, *El placer femenino es clitorico*, Madrid y Verona: Edición independiente, 2020. Colección *A mano*, 2, p. 161.

⁴ Virginia Woolf, *Un cuarto propio*, trad. y prólogo de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: Sabina, 2018, pp. 134-135.